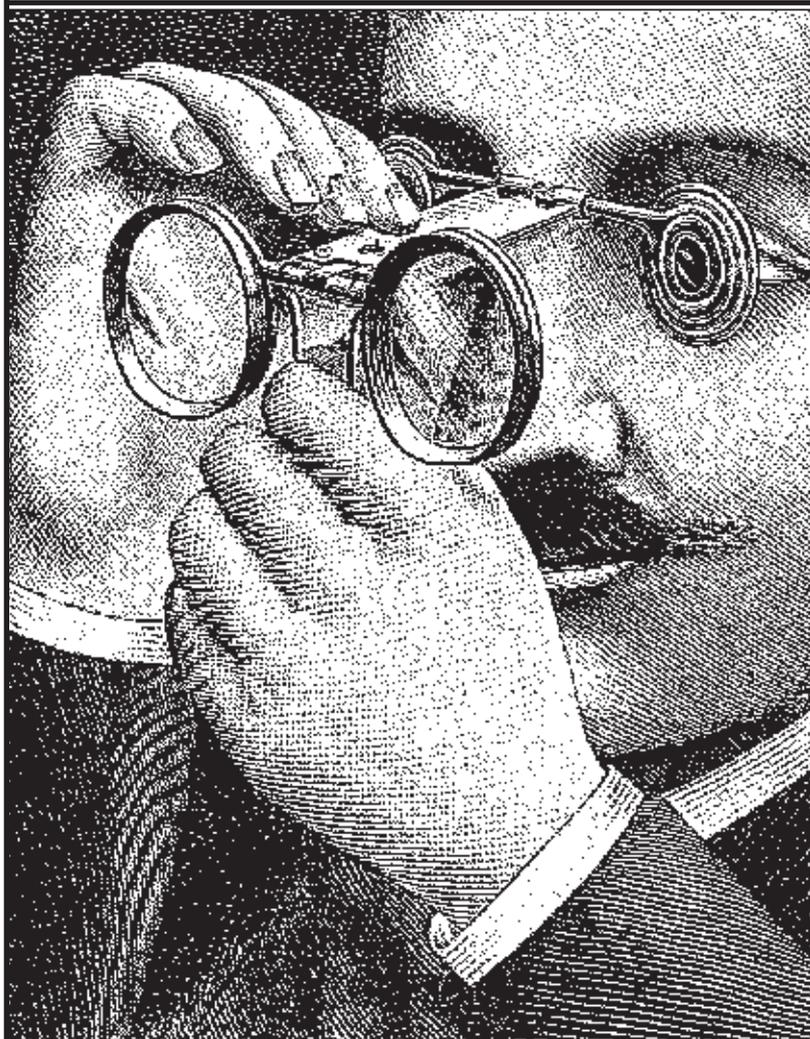


LA CRÍTICA EN el diario



[Eduardo Haro Tecglen]

Los periódicos diarios son un instrumento crítico dirigido al público general: dentro del cual, en los periódicos de tirada alta, hay también especialistas o conocedores de cada tema, por lo cual hay que escribir también para ellos: pero solo como un añadido, o un giro de lenguaje o referencia. Lo fueron siempre; hubo una época en que predominaba en ellos la información, y la investigación o apertura de averiguaciones propias sobre un hecho enigmático. Los hechos enigmáticos son, hoy, inasequibles: quién mató a Lincoln o Kennedy, quién hundió las Torres Gemelas y para qué; que sucedió en la Comunidad de Madrid o dónde fue a parar la democracia perdida. No importa: se persiguen, y son válidas ya las hipótesis de trabajo, o la acumulación de rumores o de casualidades, que antes desdeñaban los libros de estilo.

La aparición de medios donde la comunicación con el público es mucho más rápida que en los diarios, incluso inmediata como la radio y la televisión (ésta con un entusiasmo exagerado de la índole de «vale más una imagen que cien palabras», naturalmente falsa porque no hay comparaciones posibles, y las falsedades de una y de otra manera de informar son equivalentes) hicieron que el periódico se inclinase más hacia la crítica y hacia una mayor aportación de la literatura a sus escritos. La inclinación del público hacia los periódicos es hoy menor que hace setenta u ochenta años: encuentra más facilidad de recepción y una cierta repulsa al análisis en lo hablado y lo visto que suele contener lo escrito. Madrid, la ciudad desde la que escribo estos últimos años, ha perdido muchos ejemplares de periódicos mientras ha multiplicado por cuatro su población: los diarios hacen tiradas mayores, pero son nacionales y antes eran ciudadanas. La mitad de los españoles no lee ni ha leído nunca un diario: un sesenta por ciento no ha leído jamás un libro. No hablo de la asistencia al teatro porque es aún peor. No hay cifras de comparación con el pasado: nuestros abuelos —y casi soy mi propio abuelo— no tenían afición a las estadísticas, que les parecían cosa de matemáticas, y las matemáticas han sido el peor enemigo del niño español, pobre criatura, que tiene tantos. A simple ojo de buen cubero, la lectura y la asistencia al teatro ha ido disminuyendo en la aglomeración de Madrid a medida que aumentaba la población. No está claro que sea solo por la concurrencia de otros medios por los que transmitir la literatura dramática (que era audiovisual sin saberlo desde que se inventó, y parece que se inventó con un círculo alrededor de un cuentista) sea suficiente. En países donde la televisión y el cine tienen gran prestigio y son mejores que aquí (relativamente), la lectura y la representación también tienen más adictos que aquí. La nuestra es más bien producto de una incultura que cayó sobre este pueblo desde que llegó a su auge en lo que se llama modestamente Edad de Plata, en la primera mitad del siglo XX, desde el entorno de 1898 y el de la república, y yo creo que fue superior a la del Siglo de Oro, precisamente como culminación de una idea del daño que unas clases dominantes tenían de que la cultura general les perjudicaba en su estado

fuerte; censuras, quemas de libros y a veces de autor, persecuciones de todas clases, encontraron medios modernos y técnicos totales a partir de 1936, y aquella ola cultural cayó para siempre. Habrá otra, algún día, pero con muy poca continuidad con la que se cercenó; como hay otras vidas pero no son nunca las que se asesinaron. Los periódicos dejaron de ser un elemento crítico de la vida, garantizado por su diversidad —desde los ácratas hasta los fascistas y sus heterónimos; cualquier otro elemento crítico cayó también y entre ellos, el teatro. Reunió bastante público, pero participó en lo que se llamó «evasión» de la realidad.

Si se acepta que el periódico es un sistema crítico de la vida, en él la crítica de teatro es un género, o un subgénero. No es posible confundir, como se ha hecho con mucha frecuencia, al crítico de teatro con una persona del teatro mismo: es un periodista, mejor o peor escritor, que informa a los lectores de su diario de cómo es una nueva obra de teatro. Otros compañeros suyos relatan y critican lo que sucede en la corrida de toros —y algunos tienen esa doble función; no suele bastar con un trabajo para subsistir—, en el partido de fútbol o en el pleno de las Cortes; muchos critican los discursos políticos y otros leen para contar como son los libros que se publican. No hay límites en el periódico para la crítica: desde el hachazo del asesino y los naipes que arroja al pie de sus víctimas hasta las matanzas de guerra de los estados. Hay límites, claro, desde su propio género y desde los que tiene la sociedad española, o la del país en que se trabaje: contención, códigos, respetos. Tiene sin duda

No es posible confundir, como se ha hecho con mucha frecuencia, al crítico de teatro con una persona del teatro mismo: es un periodista, mejor o peor escritor, que informa a los lectores de su diario.



Una crítica debe estar bien escrita. Pero es imposible hacer una de calidad literaria de un teatro sin calidad literaria.

tantas impurezas como personas ejercen la crítica: modales, odios, resentimientos o, al contrario, amores y fantasías. No hay que dudar de que el teatro, y la literatura en general son también géneros críticos, o espejos deformantes de la realidad, que es una forma de crítica: desde el sainete a la alta comedia, desde el drama filosófico hasta la farsa. Ningún género es menor y ninguno es ajeno a la vida que transcurre y a la de sus espectadores, aunque sea disfrazándose de «país imaginario» o de relectura de los grecorromanos. Incluso cuando lo antiguo se reconstruye, el director, los intérpretes y el espectador lo añaden a sus vivencias críticas.

Dentro de estas manías que puede tener el crítico, las mías son bastantes generales, y a su vez son criticadas. Entiendo que el teatro es una forma de literatura —me enseñaron que había tres clases: épica, lírica y dramática—y que su condición de espectáculo es secundaria. He tratado en vano de que en el periódico en el que trabajo el teatro no vaya en la subsección de «Espectáculos», sino directamente en la de «Cultura». El teatro es una literatura escrita para ser dicha; el actor es el artista que la dice y lo demás es secundario aunque añade o resta, mejor o peor: y no se puede obviar en la crítica la música, la luz, los vestidos o los inventos de escenas mudas, hechos con la ingenuidad de «no tocar el texto» en cuando se añaden a él. No dejo de admirar la belleza de muchas escenografías, la música que a veces se escucha, o la astucia de un director de escena para dar relieve al trabajo del actor y del director.

A partir de ahí hay bastantes reproches, como es natural, puesto que todos tenemos aquí muy desarrollado el arte de reprochar. Se ha negado el valor de la «crítica del gusto», cuando en realidad es la única posible. Es la más sencilla que emite el espectador de cualquier espectáculo o de cualquier persona o suceso: «Me gusta». Con arreglo a mis principios, una obra de teatro me gusta según incida en una calidad literaria y de interpretación, según el contenido se aproxime a la vida y haga de ella una crítica que sea próxima a la que yo hago: ya habrá otros críticos que elogien las que a mi me parecen mal y en cambio entren en su manera política o artística de concebir la vida. También esto se ha reprochado. Se dice que cada crítico opina de una manera distinta: afortunadamente. Se

escribe en el periódico que tiene mas aproximación a las propias ideas —cuando se puede, y yo puedo: el que está obligado a aceptar lo que sea tiene toda mi admiración y mi respeto por hacer lo que pueda: corren malos tiempos— y, por lo tanto, para lectores/espectadores que tienen un cierto sentido general del presente y hasta del pasado. Es verdad muy relativa otro lamento: una mala crítica puede dañar una producción y a sus trabajadores. Y el punto contrario: una buena crítica puede llenar un teatro. Si se ve desde el punto de vista industrial puede ser lamentable, porque mata el negocio. Desde un punto de vista periodístico, es un hecho, también relativamente, indiferente: como lo es el de quitar votos a un político mas negociante que sincero, mas sobornado que agente del bien general. Es cierto que desde que el teatro pasa por muy malos momentos se tiende sensiblemente a no aumentar las tribulaciones por las que pasa: sobre todo, cuando se ve y se critica otra vida pública llena de desfachatez, maldad y crimen. Los que hacen una obra de teatro no son malhechores aunque la hagan mal.

En este aspecto la dureza y la prolongación de su trabajo, tan duro y de tanto albur, es otra de las alegaciones contra la crítica. «Hemos pasado años de proyectos, meses de un trabajo durísimo, noches y noches de ensayos; llega el crítico y de un solo vistazo lo destruye». Es difícil responder que cuando más trabajo y más tiempo se ponga en algo equivocado, peor será. Pero, dicho en abstracto, es una realidad. Y es más claro decir que el teatro está hecho para una sola representación de una sola persona. Pasa en esas dos horas escasas, y se acaba. El espectador ordinario no tiene más que esas dos horas para estar a gusto o no, para influirse bien o mal: para juzgar. El crítico de diario es un espectador profesional y no debe disponer de más tiempo del que va a tener su lector si va a ver la obra de la que se le informa. Puede que las críticas fuesen no ya duras, sino criminales, si el crítico estuviese obligado a verlas dos o quince veces para obtener un juicio sensato. Nadie resistiría a tanta crueldad injusta. Hay obras que se sabe lo que son desde los primeros minutos —aparte de algunas «suban» o «bajen» después—y se podría hacer la misma crítica abandonando el teatro: otras, en cambio, se vuelven a

ver gustosamente aún después de haber publicado la crítica.

Una crítica un poco más singular se me ha hecho recientemente por un «hombre de teatro» —que es una expresión que refleja muy claramente a muchas personas— de calidad, que es crítico por los libros que publica de ensayo o de historia, que enseña teatro y que lo realiza en la ciudad donde reside. Esa crítica consistía en que yo, personalmente, era algo culpable del malestar del teatro por ser demasiado generoso. Es una crítica aceptable, porque si yo fuera generoso estaría contento de que me lo dijeran, y si no lo fuera me gustaría parecerlo. La base del reproche es que la crítica en general ha caído desde los tiempos grandes del teatro, y que por lo tanto no hay estímulo para hacerlo bien. Después de haber oído y leído, y presenciado públicamente, maldiciones y peticiones de exilio contra mí por ser muy duro, no deja de ser curioso leerlas ahora por ser muy blando. Y es que siempre se es demasiado blando para tratar a los otros, demasiado duro para tratar a los propios, y sobre todo a uno mismo.

Es probablemente cierto que la crítica ha caído al mismo tiempo que la calidad del teatro. Los críticos formaban parte de las generaciones literarias de su momento, y eran Canedo, Pérez de Ayala o Enrique de Mesa; y, después, escritores de la cultura y la categoría de Luis Calvo o de Alfredo Marqueríe, de Torrente Ballester o de Antonio Valencia. Un



crítico es un periodista, dentro de que el periodismo es un género de la literatura y de que a veces ejercen otros; una crítica debe estar bien escrita. Pero es imposible hacer una de calidad literaria de un teatro sin calidad literaria. No hay nada sobre lo que opinar, nada que rebatir, nada que argumentar. Muchas veces salgo de un estreno pensando: «Y ¿qué digo yo de esto?». No si «bien» o «mal», que es lo que generalmente se me pide, y lo que la gente me pregunta directamente, o la recomendación de si deben ir a verlo o no, sino que argumento sobre lo que no argumenta. El vacío es grande en nuestra literatura teatral, como en toda la demás. Sobre todo si el anciano crítico se ha educado cuando brillaba la generación del 27, y la del 98 estaba aún en vigor, y también la intermedia. Tesoros robados.

Estas pequeñas observaciones son una preocupación constante. Me arreglo con unas cuantas bases: no hay que negar que la consideración de un autor o de un actor siempre es personal y nunca neutral, y por lo tanto se debe por honradez hablar en primera persona, sin fingir el antiguo «nos» mayestático o hacer ver que se mira y oye desde el Olimpo. La primera obligación del crítico de diario es atender al lector de su diario, y procurar crearlo, procurar que conozca el vicio o la virtud del crítico. Yo sé, por algunos de cine a los que puede admirar como sabihondos —eso se da en el cine y en la música más que en el teatro, que es más de impacto directo— y como escritores, que esa película que alaban no la veré nunca, y viceversa. Supongo que eso les pasa a mis posibles lectores. Sé de muchos que no van jamás al teatro pero leen las críticas: para estar al día. Es una compensación por los que van o no van sin leer jamás una crítica.

¿Remordimientos? Claro que los hay. Se van adquiriendo a medida que se ve la obra y se piensa lo que se va a tener que decir de esa chica que está tan mal pero empieza su carrera o de ese director que la termina, y que no ha entendido nada y ha superpuesto su personalidad a la de la obra. Disgustos: enormes. Amistades perdidas. Algunas profundas, antiguas. Pocas ganadas. Confirmaciones de amistad: al más grande del teatro le dijeron una vez: «Parece mentira, siendo tan amigo tuyo, y que mal nos ha puesto». Y él contestó. «Imagínate lo que hubiera dicho de no ser tan amigo mío». ■

Siempre se es demasiado blando para tratar a los otros, demasiado duro para tratar a los propios, y sobre todo a uno mismo.
